

Muerte por alacrán (1963)

Armonía Somers (1920-)

Tan pronto como surgieron a lo lejos los techos de pizarra de la mansión de veraneo¹, dispuestos en distintos planos inclinados, los camioneros² lograron comprender lo que se estaban preguntando desde el momento de iniciar la carga de la leña³. ¿A qué tanto combustible bajo un sol que ablanda los sesos⁴?

– Los ricos son así, no te calientes por tan poco, que ya tenemos de sobra con los cuarenta y nueve del termómetro – dijo el más receptivo al verano de los dos individuos, mirando de reajo⁵ el cuello color uva del otro, peligrosamente hipertenso.

Y ya no hablaron más, al menos utilizando el lenguaje organizado de las circunstancias normales. Tanto viaje compartido había acabado por quitarles el tema, aunque no las sensaciones comunes que lo hacían de cuando en cuando vomitar alguna palabrota en código de tipo al volante⁶, y recibir la que se venía de la otra dirección como un lenguaje de banderas. Y cuidarse mutuamente con respecto al sueño que produce entre los ojos la raya blanca. Y sacar por turno la botella, mirando sin importársele nada la cortina de vidrio movedizo que se va hendiendo⁷ contra el sol para meterse en otra nueva. Y desviar un poco las ruedas hasta aplastar la víbora atravesada en el camino⁸, alegrándose luego de ese mismo modo con cualquier contravención a los ingenuos carteles ruteros⁹, como si hubiese que dictar al revés todas aquellas advertencias a fin de que, por el placer de contradecirlas, ellos se condujeran alguna vez rectamente¹⁰. Hasta que las chimeneas que emergían como tiesos soldados de guardia en las alturas de un fuerte, les vinieron a dar las explicaciones del caso.

– Ya te lo decía, son ricos, no se les escapa nada. Vendrán también en el invierno, y desde ya se están atiborrando¹¹ de leña seca para las estufas, no sea cosa de dejarse adelantar¹² por nadie, ni siquiera por las primeras lluvias.

Pero tenían la boca demasiado pastosa a causa de la sed para andar malgastando la escasa saliva que les quedaba en patentar el descubrimiento¹³. Más bien sería cuestión de hacer alguna referencia a lo otro que venía a sus espaldas, algo de la dimensión de un dedo pulgar, pero tan poderoso como una carga de dinamita o la bomba atómica.

– No ha dejado de punzarme¹⁴ el hijo de perra durante todo el viaje. Con cada sacudida en los malditos baches¹⁵, me ha dado la mala espina¹⁶ de que el alacrán me

¹ Veranear: Estar pasando las vacaciones de verano en cierto sitio.

² Camionero: El que maneja un camión.

³ Leña: Conjunto de matas o ramas secas, trozos de tronco o madera de cualquier clase, destinados a hacer fuego.

⁴ Sesos: Cerebro.

⁵ Mirar de reajo: Mirar hacia un lado sin volver la cabeza, o mirar por encima del hombro.

⁶ Tipo al volante: Hacer rápido una comunicación sin las formalidades de una carta u oficio (a veces impresa).

⁷ Hender: Abrir. Cortar. Partir. Rajar. Dividir en dos partes una cosa sólida dando en ella un golpe con un instrumento cortante o introduciendo el instrumento en ella.

⁸ La víbora atravesada en el camino: la raya blanca que separa el camino o carril en la carretera.

⁹ Carteles ruteros: Avisos que se encuentra en la carretera.

¹⁰ Rectamente: Correctamente.

¹¹ Atiborrar: Llenar un recipiente con cualquier cosa apretándola mucho.

¹² Adelantar: Obtener ventaja con cierta cosa; se usa particularmente en frases negativas o interrogativas:

‘No adelantamos nada con decirselo. ¿Qué adelantas con disgustarte?’

¹³ En patentar el descubrimiento: en discutir su percepción de las acciones de los ricos.

¹⁴ Punzar: Pinchar.

¹⁵ Bache: Hoyo o desigualdad en una carretera o camino, que hace dar sacudidas a los carruajes.

¹⁶ La mala espina: DAR a alguien MALA ESPINA una cosa. Hacerle pensar que ocurre o va a ocurrir algo malo o desagradable.

elegía como candidato – dijo el apoplético¹⁷ no pudiendo aguantar más su angustia contenida, y arrojando por sustitución el sudor del cuello que se sacaba entre los dedos.

– ¿Acabarás con el asunto? – gritó el que iba en el volante¹⁸. Para tanto como eso hubiera sido mejor renunciar al viaje cuando lo vimos esconderse entre la leña... Como un trencito de juguete – agregó con sadismo¹⁹ señalando en el aire la marcha sinuosa de un convoy –y capaz de meterse en el túnel del espinazo. (El otro se restregó²⁰ con terror contra el respaldo.) Pero agarramos el trabajo ¿no es cierto? Entonces, con alacrán y todo, tendremos que descargar. Y si el bicho nos encaja²¹ su podrido veneno, paciencia. Se revienta de eso y no de otra peste cualquiera. Costumbre zonza²² la de andar eligiendo la forma de estirar la pata²³.

Aminoró²⁴ la marcha al llegar al cartel indicador: Villa Therese Bastardilla. Entrada. Puso el motor en segunda y empezó a subir la rampa de acceso al chalet, metiéndose como una oruga²⁵ entre dos extensiones de césped²⁶ tan rapado²⁷, tan sin sexo que parecía más bien el fondo de un afiche²⁸ de turismo. Dos enormes perros daneses que salieron rompiendo el aire les adelantaron a ladridos la nueva flecha indicadora: Servicios. Más césped sofisticado de tapicería²⁹, más ladridos. Hasta que surgió el sirviente, seco, elegante y duro, con expresión hermética de candado³⁰, pero de los hechos a cincel para un arcón³¹ de estilo.

– Por aquí – dijo señalando como lo haría un director de orquesta hasta hacia los violines.

Los camioneros se miraron con toda la inteligencia de sus kilómetros de vida. Uno de los daneses³² descubrió la rueda trasera del camión recién estacionado, la olió minuciosamente, orinó como correspondía. Justo cuando el segundo perro dejaba también su pequeño arroyo³³ paralelo, que el sol y la tierra se disputaron como estados limítrofes³⁴, los hombres saltaron cada cual por su puerta, encaminándose a la parte posterior del vehículo. Volvieron a entenderse con una nueva mirada. Aquello podía ser también una despedida de tipo emocional por lo que pudiera ocurrirles separadamente, al igual que dos soldados con misión peligrosa. Pero esos derroches³⁵ de ternura humana

¹⁷ Apoplético: El que sufre de apoplejía (Paralización súbita del funcionamiento del cerebro por un derrame sanguíneo en el cerebelo o en las meninges).

¹⁸ Volante: En los automóviles, rueda que mueve con las manos el conductor, la cual transmite su movimiento a las ruedas del coche orientando a éste.

¹⁹ Sadismo: Acción de provocar padecimiento para proporcionarse ese placer. Particularmente, de provocarlo en la persona que es objeto de deseo sexual para excitar este deseo. Vulgarmente se emplea como equivalente de crueldad refinada.

²⁰ Restregarse: Rozar una cosa a otra con aspereza: ‘El respaldo de la silla restriega la pared’.

²¹ Encajar: Meter una cosa o una parte de ella en un hueco de otra en la que queda ajustada: ‘Se encaja un madero [la espiga de un madero] en una muesca del otro’.

²² Zonzo: Soso; falto de gracia.

²³ Estirar la pata: morir.

²⁴ Aminorar: Disminuir cierta cosa.

²⁵ Oruga: En inglés, “caterpillar”.

²⁶ Césped: Hierba corta y espesa que cubre el suelo, crecida naturalmente, o criada artificialmente en un parque o jardín.

²⁷ Rapado: afeitado.

²⁸ Afiche: En inglés, “poster”.

²⁹ Tapicería: Telas destinadas a colgaduras y a tapizar muebles.

³⁰ Candado: Cerradura de llave.

³¹ Arcón: Un arca grande. (Caja grande, generalmente de madera, cubierta con una tapa generalmente abovedada, a veces decorada, destinada a guardar ropas y objetos.).

³² Daneses: En inglés, el perro “Great Dane”.

³³ Arroyo: Riachuelo. Río muy pequeño.

³⁴ Limítrofe: Respecto de un país o territorio, el que tiene límites con él: ‘Bélgica es un país limítrofe de Francia’.

³⁵ Derroche: Acción de derrochar. Gasto excesivo o innecesario.

duran poco, por suerte. Cuando volvió el mucamo³⁶ con dos grandes cestos, los hombres que se habían llorado el uno al otro ya no estaban a la vista. El par de camioneros vulgares le arrebató³⁷ los canastos de las manos, siempre mandándole aquellas miradas irónicas que iban desde sus zapatos lustrados a su pechera³⁸ blanca. Luego uno de ellos maniobró con la volcadora³⁹ y el río de troncos empezó a deslizarse. Fue el comienzo de la descarga del terror. Del clima solar del jardín al ambiente de cofre de ébano de adentro y viceversa. Y siempre con el posible alacrán en las espaldas. Varias idas y venidas a la leñera de la cocina, donde una mujer gorda y mansa como una vaca les dio a beber agua helada con limón y les permitió lavarse la cara. Luego, a cada uno de los depósitos pertenecientes a los hogares de las habitaciones. No había nadie a la vista. (Nunca parece haber nadie en estas mansiones ¿te has dado cuenta?). Hasta que después de alojar la última astilla⁴⁰, salieron definitivamente de aquel palacio de las *Mil y una noches* sin haberlo gozado como era debido, pero festejando algo más grande, una especie de resurrección que siempre provocará ese nuevo, insensato amor a la vida.

Era linda, a pesar de todo. Qué muebles bárbaros, qué alfombras. Si hasta me parecía estar soñando entre todo aquello. Cómo viven éstos, cómo se lo disfrutan todo a puerta cerrada los hijos de puta.

El mucamo volvió sin los canastos, pero con una billetera en la mano. Le manotearon el dinero que les alargaba y treparon como delincuentes a la cabina. Ya se alejaban maniobrando a todo ruido, siempre asaltados por los perros en pleito por sus meaderos⁴¹, cuando uno de los tipos, envanecido⁴² por la victoria íntima que sólo su compañero hubiera podido compartir, empezó a hacer sonar la bocina⁴³ al tiempo que gritaba:

– ¡Eh, don, convendría decirle a los señores cuando vuelvan que pongan con cuidado el traste en los sillones! Hay algo de contrabando en la casa, un alacrán así de grande que se vino entre las astillas.

– Eso es un cocodrilo, viejo – agregó el del volante largándose a reír y echando mano a la botella.

Fue cuando el camión terminó de circunvalar la finca⁴⁴, que el hombre que había quedado en tierra pudo captar el contenido del mensaje. Aquello, que desde que se pronuncia el nombre es un conjunto de pinzas, patas, cola, estilete ponzoñoso, era lo que le habían arrojado cobardemente las malas bestias como el vaticinio⁴⁵ distraído de una bruja, sin contar con los temblores del pobre diablo que lo está recibiendo en pleno estómago. Entró a la mansión por la misma puerta posterior que había franqueado para la descarga, miró en redondo. Siempre aquel interior había sido para él la jungla de los objetos, un mundo completamente estático pero que, aun sin moverse, está de continuo exigiendo, devorándose al que no lo asiste. Es un monstruo lleno de bocas, erizado de patas, hinchado de aserrín⁴⁶ y crines⁴⁷, con esqueleto elástico y ondulado por gibas⁴⁸ de

³⁶ Mucamo: Criado o sirviente.

³⁷ Arrebatarse: Arrastrar o llevarse algo con prisa o violencia.

³⁸ Pechera: Parte central del delantero de la camisa de hombre, que queda al descubierto por la abertura de la chaqueta y el chaleco.

³⁹ Volcadora: Mecanismo que permite tumbar un recipiente.

⁴⁰ Astilla: Trozo irregular desgajado o partido toscamente de una pieza de madera.

⁴¹ Meadero: Muy vulgar, urinario.

⁴² Envanece: vanidoso.

⁴³ Bocina: Instrumento de forma de cuerno, generalmente hecho con uno de éstos, que suena como la trompa.

⁴⁴ Finca: Terreno de extensión considerable que posee alguien, en el que puede haber montes, lagos o cualquier otro accidente del terreno, y también casas.

⁴⁵ Vaticinar: Presagiar o predecir; anunciar por [con] ciertos signos, o por adivinación, algo que va a ocurrir.

⁴⁶ Aserrín: En inglés, “sawdust”.

molduras⁴⁹. Así, ni más ni menos, lo vio el mismo día del nacimiento de la pequeña Therese, también el de su llegada a la casa y su toma de posesión con un poco de asco a causa de ciertos insoportables berridos⁵⁰. De pronto, y luego de catorce años de relativa confianza entre él y las cosas, viene a agregarse una pequeña unidad, mucho más reducida en tamaño que las miniaturas que se guardan en la vitrina de marfiles, pero con movimiento propio, con designios tan elementales como maléficos. Y ahí, sin saber él expresarlo, y como quien come la fruta existencial y mete diente al hueso, toda una filosofía, peor cuando no se la puede digerir ni expulsar por más que se forcejee. El alacrán que habían traído con los leños estaba allí de visita, en una palabra. Un embajador de alta potencia sin haber presentado sus credenciales. Sólo el nombre y la hora. Y el desafío de todos lados, y de ninguno.

El hombre corrió primeramente hacia el subsuelo⁵¹ en uno de cuyos extremos estaba ubicada la leñera recién embutida⁵². La mujer subterránea, a pesar de constituir el único elemento humano de aquella soledad, tenía una cara apacible, tan sin alcance comunicativo, que con sólo mirársela bastaba para renunciar a pedirle auxilio por nada.

– ¿Qué ha ocurrido, Felipe, por qué baja a esta hora? ¿Los señores ya de vuelta? – dijo con un acento provinciano refregándose en el delantal las manos enharinadas.

– No, Marta, regresarán a las cinco, para el té. Sólo quería un poco de jugo de frutas – contestó él desvaidamente⁵³, echando una mirada al suelo donde habían quedado desparramadas⁵⁴ algunas cortezas.

La mujer de la cara vacuna, que interpretó el gesto como una inspección ocular, fue en busca de una escoba, amontonó los restos con humildad de inferior jerárquico. Mientras se agachaba para recogerlos, él la miró a través del líquido del vaso. Buena, pensó, parecida a ese tipo de pan caliente con que uno quisiera mejorar la dieta en el invierno. Aunque le falte un poco de sal y al que lo hizo se le haya ido la mano en la levadura... Ya iba a imaginar todo lo demás, algo que vislumbrado a través de un vaso de jugo de frutas toma una colocación especial, cuando el pensamiento que lo había arrojado escaleras abajo empezó a pincharle todo el cuerpo, igual que si pelo a pelo se le transformase en alfileres⁵⁵. Largó de pronto el vaso, tomó una zarpa de rastrear el jardín⁵⁶ que había colgada junto a la puerta de la leñera y empezó a sacar las astillas hacia el centro de la cocina como un perro que hace un pozo en busca del hueso enterrado. A cada montón que se le venía de golpe, evidentemente mal estibado⁵⁷ por la impaciencia de los camioneros, daba un salto hacia atrás separando las piernas, escrudiñaba el suelo. Así fue cómo empezó a perder su dignidad de tipo vestido de negro. El polvo de la madera mezclado con el sudor que iba ensuciando el pañuelo, lo transformaron de pronto en algo sin importancia, un maniquí de esos que se olvidaron de subastar en la tienda venida a menos. Pero qué otro remedio, debía llegar hasta el fin. Pasó por último la zarpa en el piso del depósito. Luego miró la cara de asombro de la cocinera. A través del aire lleno de partículas, ya no era la misma que en la transparencia del jugo de frutas. Pero eso, la

⁴⁷ Crin: Conjunto de pelos largos que tienen algunos animales, particularmente el caballo, sobre el cuello.

⁴⁸ Giba: Chepa. Joroba. Abultamiento producido en la espalda o el pecho por una torcedura de la columna vertebral.

⁴⁹ Moldura: Adorno arquitectónico que se pone a lo largo de las fachada.

⁵⁰ Berrido: Grito del que berrea.

⁵¹ Subsuelo: La parte de la fina que considera ajena a la propiedad del dueño.

⁵² Embutir: Meter en un material una pieza o un trozo de otro material, de modo que quede bien sujeto en él: 'Embutir una viga en la pared [un metal en otro]'.
⁵³ Desvaidamente: Pálidamente.

⁵⁴ Desparramado: Dispersado, esparcido.

⁵⁵ Alfiler: Objeto de metal, delgado como una aguja, con punta en un extremo y cabeza en el otro, que se clava, por ejemplo para sujetar una tela con otra.

⁵⁶ Zarpa para rastrear el jardín: rastrillo o en inglés "rake".

⁵⁷ Estibado: Apretado.

suciedad de la propia visión, es algo con lo que nunca se cuenta, pensó, en el momento en que las cosas dejan de gustarnos. Escupió con asco a causa de todo y de nada. Se sacudió con las manos el polvo del traje y empezó a ascender la escalera de caracol que iba al hall de distribución de la planta principal⁵⁸. Volvió a mirar con desesperanza el mundo de los objetos. Desde los zócalos⁵⁹ de madera a las vigas del techo, casualmente lustradas color alacrán, desde las molduras de los cofres a las bandejas entreabiertas de algunos muebles, el campo de maniobras de un huésped como aquel era inmenso. Quedaba aún la posibilidad de mimetismo⁶⁰ en los dibujos de los tapices, en los flecos⁶¹ de las cortinas, en los relieves de las lámparas. Ciertamente podía dilatarse⁶² la búsqueda hasta el regreso de la gente. ¿Pero a título de qué? Si ha estallado una epidemia no se espera al Ministro de Salud que anda de viaje para pelear contra el virus, aunque sea a garrotazos⁶³, y sin que se sepa dónde está escondida la famosa hucha⁶⁴ pública. Así, pues, para no morir con tal lentitud, decidió empezar a poner del revés toda la casa. Había oído decir que el veneno del escorpión, con efectos parecidos al del curare⁶⁵, actuaba con mayor eficacia según el menor volumen de la víctima. Animales inferiores, niños, adultos débiles. Vio mentalmente a la joven Therese debatiéndose en la noche luego de la punzada en el tobillo, en el hombro. Primeramente, al igual que bajo el veneno indígena, una breve excitación, un delirio semejante al que producen las bebidas fermentadas. Luego la postración, acto seguido la parálisis. Fue precisamente la imagen de aquel contraste brutal, la exasperante movilidad de la criatura en su espantosa sumisión a la etapa final del veneno, lo que rompió sus últimas reservas lanzándolo escaleras arriba hacia el pasillo en que se alienaban las puertas abiertas de los dormitorios.

Aun sabiéndolo vacío, entró en el de la niña con timidez. Siempre había pisado allí con cierto estado de desasosiego⁶⁶, primeramente a causa de que las pequeñas recién nacidas suelen estar muchas veces desnudas. Después, a medida que las pantorrillas de la rubia criatura fuesen cambiando de piel, de calibre, de temperamento, en razón de que no estuviera ya tan a menudo desvestida. Así, mientras se trazaba y ejecutaba el plan de la búsqueda (en primer término alfombra vuelta y revisada prolijamente), empezó a recrear la misteriosa línea de aquel cambio. Desde muy tierna edad acostumbraba ella a echársele al cuello con cada comienzo de la temporada (luego cortinas vistas del revés, por si acaso), pero alterándose cada año desde el color y la consistencia del pelo (colcha vuelta, almohadas), a la chifladura de los peinados. Finalmente, este último verano y apenas unos días antes, había percibido junto con el frenético abrazo de siempre al mucamo soltero las redondas perillas de unos senos de pequeña hembra sobre su pechera almidonada. Desde luego, pues, que le estaría ya permitido a él estremecerse secretamente (sábanas arrancadas de dos tirones violentos). Aquella oportunidad de conmoverse sin que nadie lo supiera era una licencia que la

⁵⁸ Planta principal: piso principal.

⁵⁹ Zócalos: La losa de la parte inferior del muro de una habitación, diferenciada del resto por el color, el revestimiento, etc.

⁶⁰ Mimetismo: Propiedad de algunos animales y plantas de parecerse, especialmente en el color, a las cosas, en particular a los elementos vegetales entre los cuales viven; con lo cual pasan inadvertidos de sus posibles enemigos.

⁶¹ Fleco: Adorno consistente en una serie de hilos o cordones colocados uno al lado de otro.

⁶² Dilatarse: Demorar.

⁶³ Garratazo: Golpe de garrote (Palo grueso y pesado que se utiliza como bastón, como arma, etc.).

⁶⁴ Hucha: Caja, vasija o recipiente de cualquier forma o material destinada a guardar dinero, con una ranura por la cual se echa éste, que no se puede sacar si no es rompiendo la vasija o abriendo la caja, etcétera, con llave..

⁶⁵ Curare: Veneno muy activo que los indios de América Meridional extraen de la raíz del bejuco «maracure» y de la corteza de diversas plantas loganiáceas del género «Strychnos», con el cual envenenan sus flechas.

⁶⁶ Desasosiego: Ansiedad.

misma naturaleza le había estado reservando por pura vocación de alcahueta⁶⁷ centenaria que prepara chiquillas inocentes y nos las arroja en los brazos. Bueno, tampoco en la cama revisada hasta debajo del colchón que ha volado por los aires, ni entre los resortes del elástico. De pronto, desde la gaveta⁶⁸ entre abierta de la cómoda, una prenda rosada más parecida a una nube que a lo que sugiere su uso. Era la punta del hilo de su nuevo campo. Y fue allí, debajo de otras nubes, de otras medusas, de otras tantas especies infernales de lo femenino, que el color infamante del animal se le apareció concretamente. Con el asco que produce la profanación, se abalanzó sobre el intruso. Pero la cosa no era del estilo vital de un alacrán que mueve la cola, sino el ángulo de una pequeña agenda de tapas de cuero de cocodrilo, que ostentaba el sello dorado de la casa del progenitor (Günter, Negocios Bursátiles), de las que se obsequian cortésmente a fin de año. Retuvo un momento con emoción aquella especie de amuleto infantil, al igual que si hubiera encontrado allí una pata de conejo, cualquier cosa de esas que se guardan en la edad de los fetiches. Tonterías de chiquilla, una agenda entre las trusas⁶⁹ y los pequeños sostenes⁷⁰. De pronto, los efluvios de tanta prenda que va pegada al cuerpo, un cuerpo que ya tiene tetillas que le perforan a uno sus pecheras, lo inducen a entreabrir en cualquier página, justamente donde había algo más garrapateado⁷¹ a lápiz y con la fecha del día de llegada. “Hoy, maldito sea, de nuevo en la finca, qué aburrimiento. Dejar a los muchachos, interrumpir las sesiones de baile, el copetín de los nueve ingredientes inventado por “Los 9”. Pero no niegues, Therese, que te anduvo una cosa brutal por todo el cuerpo al abrazar este año a Felipe. Y pensar que durante tanto tiempo lo apretaste como a una tabla. Recordar el asunto esta noche en la cama. En todo caso, las píldoras sedantes recetadas por el Doctor O. mejor no tomarlas y ver hasta dónde crece la marea. Y no olvidarse de poner el disco mientras dure...”

Un concierto de varios relojes empezó a hacer sonar las cuatro de la tarde. El hombre dejó caer la pequeña agenda color alacrán sobre el suelo. Justamente volvió a quedar abierta en la página de la letra menuda. La miró desde arriba como a un sexo, con esa perspectiva, pensó, con que habrían de tenerlos ante sí los médicos tocólogos⁷², tan distinta a la de los demás mortales. No había astillas en la habitación. La niña, que odiaba las estufas de leña porque eran cosas de viejo, según sus expresiones, guardaba un pequeño radiador eléctrico en el ropero. Cuando, rígido y desprendido de las cosas como sonámbulo, llegó al sitio del pasillo donde el señor Günter tenía ubicado su dormitorio, aún seguían las vibraciones de las horas en el aire. Se apoyó contra el marco de la puerta antes de entrar de lleno a la nueva atmósfera. ¿Cómo sería, cómo será en una niña? – masculló⁷³ sordamente – Agendas abiertas, una marea de pelo rubio sobre la almohada, el disco insoportable que había oído sonar a media noche en la habitación cerrada. Empezó, por fin, a repetir el proceso de la búsqueda. Un millar de escorpiones con formas de diarios íntimos iban saltando de cada leño de la chimenea, ésta sí repleta, como con miedo de un frío mortal de huesos precarios. Hasta tener la sensación de que alguno le ha punzado realmente, no sabría decir ni dónde ni en qué momento, pero como una efectividad de aguja maligna. Deshizo rabiosamente la cama, levantó las alfombras, arrojó lejos el frasco de píldoras somníferas que había sobre la mesa de noche, cuando el cofre secreto embutido tras un cuadro y cuya combinación le había sido enseñada por el amo en un gesto de alta confianza, le sugirió desviar la búsqueda. Nunca hasta entonces los atados de papeles alineados allí dentro le hubieran producido ningún efecto. Pero ya

⁶⁷ Alcahuete: Mediador en relaciones amorosas o sexuales irregulares o encubridor de ellas.

⁶⁸ Gaveta: Cajón corredizo de los escritorios.

⁶⁹ Trusas: pantalón.

⁷⁰ Sostén: Prenda de ropa interior femenina para ceñir el pecho conformándolo.

⁷¹ Garrapatear: Trazar garabatos (Dibujo o letra mal hecho).

⁷² Tocólogo: Médico cirujano que asiste a partos. Comadrón.

⁷³ Mascullar: Decir una cosa sin pronunciarla distintamente, como murmurando, titubeando o gruñendo.

no era el mismo hombre de siempre, sino un moribundo⁷⁴ arrojado a aquel delirio infernal por dos tipos huyendo en un camión después de echarle la mala peste. Quitó el cuadro, puso en funcionamiento la puerta de la caja de seguridad, introdujo la mano hasta alcanzar los documentos cuidadosamente etiquetados. Quizás, masculló, si es que el maldito alacrán me ha elegido ya para inocularme su porquería, encuentre aquí el contraveneno de un legado⁷⁵ a plazo fijo, no sea cosa de largarse antes sin saberlo.

Y del agujero de la pared comenzó a fluir la historia negra de los millones de Günter Negocios de Bolsa, novelescamente ordenada por capítulos. El capítulo del robo disfrazado de valores ficticios, la mentira de los pizarrones hinchados de posibilidades, el globo que estalla por la inflación provocada artificiosamente, los balances apócrifos, la ocultación de bienes, la utilización en beneficio propio de fondos que le fueran confiados con determinado destino, los supuestos gastos o pérdidas en perjuicio de sus clientes, las maniobras dolosas⁷⁶ para crear subas o bajas en los valores, el agio⁷⁷ en sus más canallescas⁷⁸ formas. Y todo ello reconocido y aceptado cínicamente en acotaciones⁷⁹ al margen, como si el verdadero placer final fuera el delito, una especie de apuesta sucia jugada ante sí mismo.

El hombre leyó nítidamente en uno de los últimos rótulos: “Proceso, bancarrota y suicidio de M. H.” Antes de internarse en la revelación, rememoró al personaje escondido tras las iniciales. Fue en el momento en que le veía durante una de las famosas cenas de la finca tratando de pinchar la cebollita que escapara por varias veces a su tenedor, lo que todo el mundo festejó con explosiones de risa, cuando la historia del desgraciado M. H. contada por Günter Negocios empezó a surgir de aquellos pagarés⁸⁰, de aquellos vales⁸¹ renovados, de aquellos conformes vencidos, de aquellas cartas pidiendo clemencia⁸², hasta— llegar al vértice de la usura⁸³, para terminar en la ejecución sin lástima. Luego, modelo de contabilidad, el anfitrión⁸⁴ de Villa Therese registrando el valor de las flores finales, esas que un hombre muerto ya no mira ni huele. Pero quedaría siempre sin relatar lo de la cebollita en vinagre, pensó como un testigo que ha vivido una historia que otro cuenta de oído. Entonces se evocó a sí mismo dejando la botella añeja que traía envuelta en una servilleta y, como buen conservador de alfombras, agachándose a buscar bajo la mesa lo que había caído. Allí, entre una maraña de bajos de pantalones, pies de todos los tipos, encontró la pierna de la esplendente⁸⁵ señora de Günter Negocios enlazada con la del amigo M. H., o mejor la pierna del hombre entre las de ella, que se movía en una frotación lenta y persistente como de rodillos⁸⁶ pulidores⁸⁷. Cuando él volvió a la superficie con la inocua esferita embebida en ácido, le pareció ver salir del cráneo pelado del señor de las grandes operaciones bursátiles algo parecido al adorno de un tapiz de la

⁷⁴ Moribundo: Se aplica al que está a punto de morir.

⁷⁵ Legado: Herencia. Cosa dejada a alguien en testamento.

⁷⁶ Doloso: Fraudulento.

⁷⁷ Agio: Actividad que consiste en negociar con el cambio de moneda o con valores en la bolsa.

⁷⁸ Canalla: Bandido, bellaco, mala bestia, mal bicho, felón.

⁷⁹ Acotación: Nota. Advertencia o comentario puesto en un escrito, particularmente en el margen.

⁸⁰ Pagaré: Documento en que alguien se declara obligado a pagar cierta cantidad.

⁸¹ Vale: Papel canjeable por cualquier cosa; por ejemplo, el que se da en una tienda a cambio de un género devuelto para poder comprar algo con él en otra ocasión; el que se da a alguien para que recoja con él un donativo o regalo o el que se da en algunas tiendas consignando el importe de la compra efectuada, para canjearlos cuando se reúne una cierta cantidad por un regalo.

⁸² Clemencia: Misericordia. Sentimiento de pena por los que sufren, que impulsa a ayudarles o aliviarles.

⁸³ Usura: Interés excesivo o ilegal obtenido por un préstamo..

⁸⁴ Anfitrión: Persona que tiene invitados, con respecto a éstos.

⁸⁵ Esplendente: Resplandeciente.

⁸⁶ Rodillo: Pieza cilíndrica de madera, piedra, etc., que constituye un utensilio o una parte de un utensilio o máquina.

⁸⁷ Pulidor: El que pule (suavizar la superficie de un objeto).

sala, el de la cacería de los ciervos. Aunque ahora, atando todos los cabos sueltos⁸⁸, el hombre de la cabeza con pelo negro ya insinuándose al gris que gusta a las mujeres, estuviera también en aquellos bosques de la ruina perseguida por los perros Günter, arrinconado, con su propia pistola apuntándose a las bellas sienas encanecidas. Formas de muerte, dijo, mientras seguía buscando el alacrán entre los historiales y sintiendo multiplicar sus agujas por todo el cuerpo. Dejó ya con cierta dificultad la habitación alfombrada de papeles. La cosa, si es que lo era verdaderamente, parecía andarle por las extremidades inferiores, pues cada paso era como poner el pie en un cepo⁸⁹ que se reproduce. Pero con la ventaja de estar libre aún de la mitad del cuerpo hacia arriba, contando con los brazos para manejarse y el cerebro para dirigirlos.

Finalmente, el cuarto de la mujer, la gran Teresa, como él la había llamado mentalmente para diferenciarla de la otra. Al penetrar en su ambiente enrarecido de sensualidad, se le dibujó tal cual era, pelirroja, exuberante y con aquel despliegue de perfumes infernales que le salían del escote⁹⁰, de los pañuelos perdidos. Casi sin más fuerza que para sostenerse en pie, empezó a cumplir su exploración para la que había adquirido ya cierto ejercicio. En realidad, eso de deshacer y no volver nada a su antiguo orden era mantener las cosas en su verdadero estado, murmuró olfateando como un perro de caza el dulce ambiente de cama revuelta que había siempre diluido en aquella habitación, aunque todo estuviera en su sitio. La mujer lo llevaba encima, era una portadora de alcoba deshecha como otros son de la tifoidea. Pero había que intervenir también allí, a pesar de todo. Con sus últimas reservas de voluntad, abrió cajón por cajón, maleta por maleta, y especialmente un bolso dejado sobre la silla. La agenda de cocodrilo de Günter Negocios, pero sin nada especial, a no ser ciertas fechas en un anotador, calendario erótico con el que alguien más entendido que él trazaría una gráfica del celo⁹¹ femenino. Luego, otro capítulo, pero simplemente de horas. Nada para el remate⁹² final de M. H. Aquellas horas habrían sido detenidas por la barrera negra. Después, a pesar de utilizarse los mismos símbolos, tomarían éstos otra dirección, como aves migratorias hacia un nuevo verano. Y paz sobre el destino de los seres mortales. Apeló nuevamente a sus restos de energía para volver con el historial del hombre de la caepulla⁹³, desparramar⁹⁴ los documentos sobre la cama de la mujer como un puñado de alfileres o la carga microbiana de un estornudo⁹⁵. Y todo listo, al menos antes de su inminente muerte propia. No estaba en realidad seguro de nada. Si picadura de alacrán, si las uñas de la pequeña Therese en sus escalas solitarias, si apéndices córneos del gran burgués que repartía agendas finas a su clientela, o si sencillamente el efluvio⁹⁶ como último extremo reptar⁹⁷ hasta el subsuelo donde vivía la mujer vacuna, el único baluarte⁹⁸ de humanidad que quedaba en la casa. No, no es imposible, debe llegar de pie. Un inmundo alacrán, o todos los alacranes de la mansión señorial, constituyen algo demasiado ínfimo⁹⁹ en su

⁸⁸ Atar todos los cabos sueltos: En inglés, “putting all the pieces together”.

⁸⁹ Cepo: Cualquier artefacto con que se sujetan los pies de los presos para que no puedan escapar.

⁹⁰ Escote: Abertura grande alrededor del cuello en una prenda de vestir, que deja al descubierto la garganta y, a veces, parte del pecho y la espalda.

⁹¹ Celos: Estado de exacerbación del apetito sexual en los animales. Época en que lo tienen.

⁹² Remate: Cualquier cosa que constituye el final de otra.

⁹³ Caepulla: “Cae” + “pulla” (Broma. Burla. Chanza. Chirigota). El que cae víctima de la burla.

⁹⁴ Desparramar: Dispersar o esparcir.

⁹⁵ Estornudar: Arrojar violentamente por la nariz y la boca, en un movimiento involuntario y brusco del diafragma, con un ruido peculiar que se imita con «¡ hachís !», el aire de los pulmones; por ejemplo, cuando se está acatarrado.

⁹⁶ Efluvio: Algo agradable, como olor, vapor o gotas finísimas, que se desprende de un cuerpo y se mantiene en el ambiente: ‘Los efluvios de la primavera’.

⁹⁷ Reptar: Andar con el cuerpo tocando el suelo, como los reptiles.

⁹⁸ Baluarte: Bastión o fortaleza.

⁹⁹ Ínfimo: Muy malo o lo peor de todo lo que se considera: ‘Fabrican tejidos de clase ínfima’.

materialidad para voltear a un hombre como él, que ha domado las fieras de los objetos de la sala, o que ha descubierto el universo autónomo y al revés de las piernas bajo las mesas con la misma veracidad de un espejo en el suelo. Justamente cuando empezó a desnudarse en medio de la cocina para que ella lo revisase desde el pelo a las uñas de los pies (Marta, han traído un alacrán entre la leña, no me preguntes nada más), fue que ocurrió en el mundo la serie de cosas matemáticas, esta vez con cargo al espejo del cielo, el único que podría inventarlas en forma simultánea, dada su postura estratégica. Uno: el ladrido doble de los daneses anunciando la llegada del coche. Dos: las cinco de la tarde en todos los relojes. Tres: el chofer uniformado, gorra en mano, que abrió la portezuela para que ellos bajasen. En esa misma instancia se oían los gritos de la niña Therese anulando los ladridos, trezándose con la vibración que las horas habían dejado por el aire tenso: “Felipe, amor mío, aquí estamos de nuevo. ¿Qué hiciste preparar para el té? Traigo un hambre atroz de la playa.” Cuatro: El entrevió¹⁰⁰ unos senos en forma de perilla girando en los remolinos de la próxima marea, entre la epilepsia musical del disco a prueba de gritito de derrumbes íntimos, y cayó desvanecido de terror en los brazos de la fogonera¹⁰¹. En ese preciso minuto, formando parte de la próxima imagen número cinco, la que el propio hacedor de los alacranes se había reservado allá arriba para el goce personal, un bicho de cola puntiaguda iba trepando lentamente por el respaldo del asiento de un camión fletero, a varios kilómetros de Villa Therese y sus habitantes. Cierto que el viaje de ida y vuelta por el interior del vehículo había sido bastante incómodo. Luego, al llegar al tapiz de cuero, la misma historia. Dos o tres tajos¹⁰² bien ubicados lo habían tenido a salvo entre los resortes. Pero después estaba lo otro, su último designio alucinante. Quizás a causa del maldito hilo como de marioneta que lo maneja no sabe desde dónde, empezara a titubear a la vista de los dos cuellos de distinto temperamento que emergían por encima del respaldo. Nunca se sabe qué puede pensar un pequeño monstruo de esos antes de virar¹⁰³ en redondo y poner en función su batería de popa. Seis: Sin duda fue en lo que duró esta fatídica opción, que la voz de dos hombres resonó en el aire quieto y abrasado de la tarde:

– Lo largamos en escombros al tipo de la pechera almidonada, ¿qué te parece, compañero?

– Puercos, la casa que se tenían para de vez en cuando. Merecen que un alacrán les meta la púa, que revienten de una buena vez, hijos de perra...

¹⁰⁰ Entrevir: Atisbar o vislumbrar: ver una cosa aunque no con claridad: ‘Allá lejos entreveo unos tejados’.

¹⁰¹ Fogonera: Amo de casa.

¹⁰² Tajo: Corte profundo hecho con un instrumento cortante: ‘Se dio un tajo en un dedo’.

¹⁰³ Virar: Volverse cambiando de dirección o de orientación, particularmente un vehículo en marcha y más particularmente un barco: ‘El barco viró a sotavento’. Puede también hacer de sujeto el que lo dirige: ‘Viré a la derecha para no atropellar al perro’.